

convirtieron en realidad. Entonces trató de reparar los puentes destruidos, hizo retroceder hasta Mechanicsville á una parte de las tropas de Jackson y de Longstreet, á fin de atravesar el río y bajar luego por la orilla derecha, y dió orden á Magruder de salir de sus posiciones para estrechar á los federales por el flanco derecho; el resto de las fuerzas debía bajar por la orilla izquierda con el objeto de vadear el Chickahominy por Long Bridge y caer sobre el flanco izquierdo de las columnas enemigas, cortándoles la retirada si era posible.

Desgraciadamente para Lee, tropezaba con la misma dificultad que encontró el general Mc Clellan en la batalla de Fair Oaks: entre las dos divisiones de su ejército estendíase todo el valle de Chickahominy, y este valle estaba ocupado aun por tres cuerpos de ejército federales á las órdenes de Heintzelman, Sumner y Franklin. En la mañana del 29 el general Mc Clellan abandonó á Savage-Station con todos sus trenes y bagajes, atravesó felizmente el río, y al medio día se mandó al general Keyes que fuera á tomar posición en las alturas de Malvern Hill, seguido del general Porter, quien debía situarse á la izquierda de Keyes á fin de apoyarle. Las cañoneras que habían llegado ya á este punto, y que anunciaban la proximidad de un gran número de buques, apoyarían las dos alas del ejército, sobre todo la derecha; el general Mc Call se hallaba aun en los desfiladeros de White Oak Swamp en el mismo sitio ocupado antes por Keyes y Porter, y se le había prevenido que vigilara por la parte de Richmond hasta que le relevaran Sumner y Heintzelman. Estos tenían orden de marchar en el mismo día por dos caminos distintos; el primero por el camino principal, y el otro por un sendero que se halla mas al Norte.

Pero no era de esperar que pudieran terminarse todas las operaciones del ejército unionista sin contratiempo alguno y sin otro combate, y en efecto, en la mañana del 29, los confederados atacaron de nuevo con el furor de hombres que ven que se les escapa una presa segura.

El general Sumner había abandonado las obras de defensa de Fair Oaks en la madrugada del 29 á fin de replegarse en Savage-Station, situándose luego cerca de la estación de Orchard; las divisiones Richardson y Sedgwick se hallaban á la derecha del camino de hierro, frente á Richmond, y el cuerpo de ejército de Heintzelman, se extendía por el camino de Williamsburg. Hacia las nueve de la mañana del día 29, estas posiciones fueron atacadas por varios puntos á la vez: Sumner, que era el mas avanzado, rompió un nutrido fuego de fusilería y artillería, que contuvo al enemigo durante dos horas, pero á eso del medio día tuvo que replegarse hacia Savage-Station, donde se concentraba también, viniendo de la derecha, la division Smith, del cuerpo de ejército de Franklin, que había empeñado el combate con el enemigo. Heintzelman retrocedió igualmente, pero bien fuese por una mala inteligencia ó por otra causa cualquiera, en vez de ocupar de nuevo su posición á la izquierda, se retiró atravesando los pantanos, guiado por un ayudante de campo del general en jefe que acababa de llegar con el objeto de indicarle el camino que debía seguir para atravesar el vado de Brackett.

La inesperada marcha de Heintzelman no podía menos de contrariar á Sumner, pues su ala izquierda, ocupando la dirección de la línea de retirada, quedaba á descubierto y espuesta á un ataque de las nuevas columnas enemigas que iban llegando de Richmond. Además de esto, Franklin, que acaba-

ba de unirse á él, le anunció que el enemigo avanzaba con fuerzas numerosas por la derecha y se disponía á franquear el Chickahominy. Á pesar de todo, Sumner y Franklin, resueltos á luchar, tomaron sus disposiciones á fin de sostenerse hasta la noche, en cumplimiento de las órdenes que recibieran poco antes, y á eso de las cuatro de la tarde empeñóse la acción al rededor de la vía férrea y cerca de un bosque desde donde se dominaba ventajosamente la posición. Cuatro baterías colocadas convenientemente sembraron la muerte en las filas del enemigo, y al mismo tiempo la brigada Hancock dió varias cargas con el mejor resultado, mientras la brigada Burns, situada á la derecha de Williamsburg, defendió obstinadamente el terreno palmo á palmo. La noche puso fin al combate, pero el fuego de fusilería continuó hasta eso de las diez, hora en que los confederados, cuyas pérdidas eran sensibles, comenzaron á retirarse para renovar el combate al día siguiente con las tropas de refresco que traería Magruder. Sumner no obstante emprendió la retirada sin pérdida de tiempo, dejando en la retaguardia á la brigada French; á media noche todas las tropas se habían puesto en marcha, y á las cinco de la madrugada del 30 de junio, se hallaba el ejército en masa al otro lado del río.

No había acabado todo sin embargo: la otra ala del ejército debía cumplir las órdenes del general Mc Clellan á fin de ocupar la posición que se le indicara al rededor de Malvern Hill, y ya el 29 habían ocurrido algunas escaramuzas entre la caballería cerca de New-Market, de tal modo que sin la precaución que se tuvo de formar vanguardias muy numerosas, acaso se habrían perdido los trenes y bagajes. En la mañana del 30, las tropas de Porter y de Keyes se pu-

sieron en marcha con dirección al río Jacobo, y los demás cuerpos se apostaron cerca de los diversos caminos de Richmond; Franklin, que ocupaba la derecha y vigilaba atentamente los movimientos del enemigo, se reunió á poco con la division Richardson y la brigada Naglee, mientras Heintzelman se situaba frente á Richmond, y Mc Call ocupaba el camino de New-Market, cerca de la iglesia de los Cuáqueros. Á la derecha de este último jefe se hallaba Kearney, á la izquierda Hooker, en la retaguardia Slocum y Sedgwick formaba con sus dos cuerpos la reserva.

En esta posición, y mientras que los trenes y bagajes eran conducidos hacia el río Jacobo, fueron atacados los federales por numerosas fuerzas del enemigo. Los separatistas empeñaron á la vez el combate con Franklin y Mc Call, y poco después de medio día, el primero de estos jefes no pudiendo resistir á la superioridad numérica de sus contrarios, quedaba derrotado después de dos horas de combate, perdiendo su artillería y bagajes, sin contar que el mismo Mc Call quedó prisionero. Hooker y Kearney consiguieron restablecer por un momento el equilibrio, pero Franklin y Sumner, incapaces de resistir el mortífero fuego de la artillería confederada que diezmaba sus filas, comenzaron á retroceder, aunque batiéndose siempre y haciendo jugar sus baterías. Este movimiento facilitó á Heintzelman el medio de acercarse al río, y durante la noche, por orden de Mc Clellan, fué á situarse en las pendientes de Malvern Hill, en una fuerte posición preparada por el general Bernard (*).

(*) En el parte oficial del general separatista Lee, decíase lo siguiente al dar cuenta de este combate, que se llamó de Glendale: «La superioridad del número y la ventaja de la posición estaban de parte del enemigo, y la batalla fué encarnizada y sangrienta; mas al fin se consiguió desalojarle de todos los puntos que ocupaba, escepto uno, que

Las pérdidas que sufrieron los federales en este terrible combate, fueron inmensas; baste decir que en el campo de batalla quedó herida ó muerta una cuarta parte de la division de Mc Call.

Á eso de las cinco de la tarde los separatistas atacaron á Porter en sus nuevas líneas de defensa, pero unas treinta piezas, situadas convenientemente, hicieron un fuego tan certero sobre el enemigo, que éste se vió en la precision de retroceder; algunas andanadas de las cañoneras y una salida del regimiento de Warren, le hicieron desaparecer bien pronto de aquel campo de batalla cubierto de cadáveres.

Así pues, en la mañana del 1.º de julio, despues de la llegada de Heintzelman, todo el ejército federal se hallaba acampado cerca del rio Jacobo con su material de guerra y sus bagajes, y en comunicacion directa con la flotilla de cañoneras y los transportes. En semejante posicion era ya mas fácil atrincherarse, y en su consecuencia, levantáronse algunas fortificaciones con sus correspondientes baterías, se dispuso que el ala izquierda y el centro del ejército se escalonaran en las alturas de Malvern Hill, y la derecha, menos protegida, debía estenderse hasta el rio, flanqueada por los cañones de la flotilla al mando del comodoro Rodgers. Las tropas se repartieron en toda la línea del modo siguiente: á la izquierda, que probablemente seria el primer blanco del enemigo, puesto que se hallaba en la direccion de los caminos de Richmond y

evacuó mas tarde aprovechando la oscuridad de la noche. Al terminarse la lucha, éramos dueños de casi todo el campo de batalla, cubierto entonces de cadáveres y heridos. Se han hecho muchos prisioneros, incluso el general de division Mc Call, y tambien nos hemos apoderado de varias baterías y algunos miles de armas pequeñas. Si hubieran podido cooperar las demás fuerzas, no hay duda que la derrota del enemigo habria sido completa.»

de White Oak Swamp, se situó el cuerpo de ejército de Porter, con las tropas regulares de Sykes á un extremo, y la division Morrell al otro; la artillería, reforzada con la reserva, se colocó de modo que pudiera dominar casi todos los puntos el fuego de unos sesenta cañones; á la derecha de Morrell tomaron posicion las divisiones Couch, Kearney y Hooker, estendiéndose poco mas allá las de Sedgwick, Richardson, Smith y Slocum, y por último, el resto de las tropas de Keyes, con parte de la division Casey, y lo que quedaba de la division Mc Call, formaban la reserva, que se situó entre las fuerzas de Couch y Porter.

Como era de esperar, no tardó el enemigo en atacar aquella posicion, cargando con todas sus fuerzas, segun ya se suponía, sobre el flanco izquierdo, que era el mas fuerte, y el dia 1.º de julio, la artillería confederada y los tiradores, dirigieron un fuego muy certero sobre las pendientes de Malvern Hill, fuego que fué contestado vigorosamente y duró unas cuatro horas. Hacia las dos de la tarde, como se observase que una fuerte columna de separatistas se dirigia sobre la derecha, el general Mc Clellan dispuso que se reforzara, pero se vió luego que aquello no era sino un ataque simulado. Poco antes de las tres, en el momento mismo en que comenzaba á oirse por la derecha un fuego graneado de fusilería, Couch y Kearney, los cuales segun ya hemos dicho estaban en el centro, fueron atacados por numerosas columnas de infantería que se lanzaron sobre los federales con inusitada furia. Los artilleros y tiradores, ocultos detrás de una rampa, no se dejaron ver hasta que el enemigo estuvo bien cerca, y entonces levantándose de pronto, hicieron dos ó tres descargas tan mortíferas que el campo se cubrió al momento de muertos y heridos, vién-

dose obligados los separatistas á retroceder precipitadamente, si bien no fué sino con el objeto de preparar un ataque mucho mas formidable. Como desde las alturas de Malvern Hill se podian observar todos los movimientos, y se viese que los separatistas amenazaban siempre el centro, Mc Clellan dispuso que se reforzara con algunos regimientos mas, mientras la brigada Caldwell iba á prestar su auxilio á Porter, y de este modo, cuando algunas horas despues llegaron los confederados, lanzando contra Couch y Porter tres columnas de infantería, fueron recibidos como la primera vez y tuvieron que retroceder. Sin embargo, no tardaron en llegar nuevos refuerzos para apoyar á dichas brigadas, mas la metralla por una parte y el fuego de fusilería por otra, contuvieron la marcha de las compactas columnas del enemigo. Los separatistas, no obstante, no se desanimaban á pesar de sus pérdidas, y reconociendo que si se apoderaban de la cima de la colina su victoria seria completa, contentáronse por entonces con entretener á los federales, y atacaron poco despues al cuerpo de ejército de Porter. Este rechazó tambien á sus contrarios diversas veces, pero como se iban agotando sus municiones, pidió que relevaran una parte de sus tropas, y el general en jefe le envió entonces dos regimientos de Sumner y de Heintzelman. Desde aquel momento, todos los esfuerzos del enemigo se estrellaron en sangrientos choques; la noche puso fin al combate, y los federales, que no creyeron prudente perseguir al enemigo, se limitaron á continuar las descargas de artillería, lo cual bastó para que los separatistas se retirasen á una respetable distancia. Las bombas de cien libras, lanzadas por la *Galena* y el *Monitor* contribuyeron mucho á la derrota del enemigo, haciéndole comprender que nada podia inten-

tarse contra una posicion tan fuerte y tan bien defendida. El ejército unionista, cuya destruccion contaban como segura los confederados, se escapaba de sus manos, y podria ya desafiar todas sus amenazas.

Conseguida esta victoria, el ejército federal comenzó á evacuar á toda prisa sus fuertes posiciones, desordenadamente y sin enterarse á los muertos ni recoger los heridos (*), pues el general en jefe deseaba trasladarse á toda prisa á Harrison's Bar, á fin de ocupar otra posicion mas segura. Las fuerzas de Keyes cubrieron el movimiento juntamente con la caballería, que no salió de Malvern hasta la madrugada del 2 de julio, y el 3 llegaron á su destino todos los wagones, los bagajes y la retaguardia. 1862.

El general Mc Clellan anunciaba en sus partes que sus pérdidas durante aquellos siete dias de lucha, es decir desde el 26 de junio hasta el 1.º de julio, ascendian á mil quinientos ochenta y dos muertos, siete mil setecientos nueve heridos, y cinco mil novecientos cincuenta y ocho estraviados, total quince mil doscientos cuarenta y nueve, pero en estas cifras no se incluian los hombres que se dejaron en los hospitales á merced del enemigo. El general Lee no indicaba con exactitud cuáles eran sus pérdidas, pero es de creer que fueron tambien considerables aunque no tanto como las de los separatistas (**).

(*) Aun el mismo Porter, que apreciaba mucho á Mc Clellan, no pudo menos de indignarse y protestar cuando se dió la orden de no enterrar á los muertos.

(**) Al hablar el general Lee del resultado de las operaciones militares en aquel año decia lo siguiente:

«El enemigo se ha visto en la precision de levantar el sitio de Richmond, teniendo el sentimiento de ver frustrada una campaña que se habia estado preparando durante muchos meses, y que ha ocasionado un gasto enorme de hombres y dinero. Mas de diez mil prisioneros, incluso muchos oficiales de alta graduacion, cincuenta y dos piezas de ar-

Apenas llegado á Harrison's Bar, el general Mc Clellan espidió un telégrama á su Gobierno, concebido en estos términos:

«Como era de esperar, ha tenido lugar ayer una reñida batalla, y presumo que apenas quedan cincuenta mil hombres en mi ejército. Para llevar á cabo la gran empresa de apoderarnos de Richmond y poner término á esta guerra, necesito al menos un refuerzo de cien mil hombres mas.» El Presidente Lincoln contestó acto continuo al general en jefe manifestándole que el número de tropas con que se contaba en el Alleghanies, incluso las que estaban á las órdenes del general Wool en el fuerte Monroe, apenas ascendía á setenta y cinco mil hombres y que por lo tanto no era posible enviarle ni aun cincuenta mil. Pocos dias despues, el Presidente Lincoln se trasladó á Harrison's Bar para inspeccionar el ejército, y viendo que solo habia ochenta y seis mil hombres, pidió nota de las fuerzas que se hallaban á disposicion del general Mc Clellan, la cual fué presentada al dia siguiente. De esta nota resultaba que en 1.º de julio habia en activo servicio ciento un mil seiscientos noventa y un combatientes; entre enfermos y arrestados, diez y siete mil ochocientos veintiocho; ausentes, treinta y ocho mil setecientos noventa y cinco, total ciento cincuenta y ocho mil trescientos catorce, sin comprenderse en estas fuerzas las del general Wool y Burnside que se hallaban en el fuerte Monroe.

Habiéndose recibido en Washington la noticia de que los separatistas, dejando una escasa fuerza en Richmond, se dirigian hácia el Sur del rio Jacobo, el general Mc Clellan

tillera y treinta y cinco mil armas pequeñas, sin contar un considerable número de bagajes, han sido los trofeos de la victoria. La pérdida de hombres en los diversos combates ha sido mucho mayor por parte de los unionistas que por la nuestra, como lo prueban los miles de muertos y heridos hallados en los campos de batalla.»

dispuso que Hooker marchase con su division para apoderarse de Malvern Hill, lo cual consiguió fácilmente el jefe unionista desalojando á los separatistas de su posicion, despues de cogerles cien prisioneros. El coronel Averill con algunas fuerzas de caballería avanzó entonces hácia White Oak Swamp é hizo retroceder á su vez á las fuerzas enemigas que allí encontró, apoderándose de ventiocho prisioneros y algunos caballos. Si Mc Clellan hubiera entonces seguido adelante con todo su ejército, acaso le habria sido fácil apoderarse de Richmond, pero el general en jefe, en cumplimiento de las órdenes recibidas, por las cuales se le prevenia que marchara al fuerte Monroe, comenzó á embarcar sus tropas y sus baterías y bagajes para dirigirse al punto indicado. El general Porter habia recibido orden de permanecer en Williamsburg hasta que se acabara de trasladar todo el ejército, mas como quiera que llegase á sorprender una carta donde se anunciaba que el enemigo iba concentrándose rápidamente con la intencion de atacar á Pope antes de que pudiera recibir refuerzos, resolvió dirigirse, bajo su responsabilidad, á Newport-News, donde llegó el 18 de julio, despues de recorrer sesenta millas en tres dias. El general Mc Clellan y su estado mayor abandonaron el fuerte Monroe el dia 23, embarcándose con direccion á Alejandría para ir en auxilio de Pope, contra el cual parecia que iban á dirigirse todos los ataques del enemigo.

De este modo terminó la desgraciada campaña del brillante ejército del Potomac, mas debe tenerse en cuenta que su mal éxito dependió en gran parte de que casi siempre tuvieron lugar los combates en lugares elegidos por el enemigo, y aun cuando su número era inferior, siempre conseguia no empeñar la batalla sino cuando contaba con

una superioridad numérica. El general en jefe Mc Clellan, por otra parte, que no pensaba sino en pedir refuerzos, nunca hizo entrar en accion á la mayor parte de sus tropas, y sus vacilaciones y sus alarmas merecieron una justa censura. Cierto es que nunca ejército alguno necesitó como aquel

un numeroso refuerzo, pero no lo es menos, que lo que mas falta le hacia, era que le dirigiera un solo jefe, un buen general, y no que intervinieran á cada momento otros hombres en las operaciones militares, en que solo deben tomar la iniciativa aquellos que conocen el arte de la guerra.